

MAGISTER MEMORIAE



SILVANA FILIPPI

(16 DE MARZO DE 1962 – †03 DE JULIO DE 2021)¹

La querida Silvana Filippi nació en el año 1962 en Rosario (provincia de Santa Fe-Argentina) y murió en esa misma ciudad en 2021. En la Universidad Nacional de Rosario recibió su formación de grado como Licenciada en Filosofía (1984) y como Profesora de Enseñanza Media y Superior en Filosofía (1984) y en la Universidad Nacional de Córdoba obtuvo el título de Doctora en Filosofía (1994), luego, nuevamente en la Universidad Nacional de Rosario, concluyó su Posdoctorado (2018). Al momento de su fallecimiento se desempeñaba como Profesora Titular de “Historia de la Filosofía Medieval y del Renacimiento” (por concurso ordinario) en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario y como Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

¹ Una versión más breve de este texto fue publicada en el prefacio del libro: *Summa omnis philosophiae ad bene vivendum refertur. Homenaje póstumo a Silvana Filippi*, Ceferino Muñoz Medina y José Mendoza (eds.), Lectio, Córdoba, 2023, pp. 7-8.

Tuvo una notabilísima trayectoria académica en Argentina en el ámbito de los estudios medievales, interesándose especialmente en los siglos XIII y XIV. Asimismo, puso en diálogo a los grandes filósofos antiguos, modernos y contemporáneos con la filosofía de la Edad Media. Esta vocación por descubrir constantes filosóficas es muy bien ilustrada por dos de sus discípulos: “el interés de Silvana en la vinculación del pensamiento de este período histórico [el Medioevo] con autores o problemas filosóficos de otros períodos, se debió, en parte, al deseo de alcanzar una visión más realista, precisa e interpretativamente fructífera de la historia del pensar en su conjunto, en la que pudiera verse el auténtico engarce de las diversas concepciones filosóficas”². Resalta, en ese sentido, el lugar que ocupó Martin Heidegger en sus trabajos en torno a la exégesis del autor alemán sobre la metafísica griega y escolástica; línea de investigación que ya había iniciado su añorado maestro Raúl Echaury y que Silvana continuó como fiel discípula.

Como queda en evidencia, a Silvana le atraían los temas universales porque su *forma mentis* era universal. Otra muestra de ello es el último proyecto de investigación que dirigió, en el cual tuve el honor y la dicha de participar, y luego de quedar a cargo tras su fallecimiento. El mismo se titulaba: “El tratamiento metafísico de Dios desde Tomás de Aquino a Francisco Suárez. Génesis y efectos del pasaje epistémico de la metafísica a la ontología”. Allí Silvana intentaba mostrar que en la metafísica desarrollada entre la doctrina del Aquinate y la de Francisco Suárez, se habría producido progresivamente una profunda transformación en el ámbito filosófico teológico, con marcados efectos en el ámbito de la gnoseología, la lógica y la epistemología, produciendo así el pasaje hacia el pensamiento moderno y cuyas complejas causas serían en primer término de raíz especialmente teológica.

Sus publicaciones fueron numerosísimas (más de un centenar) y también variadas (abarcando todas las épocas de la historia de la filosofía), dirigió diversos proyectos de investigación, fue evaluadora de incontables proyectos científicos de organismos nacionales e internacionales. Pero donde más resaltó, a mi entender, fue en su tarea de maestra: dirigió tesis de distintas carreras, formó investigadores, docentes, auxiliares de docencia y alumnos universitarios. Ya nos referiremos especialmente a éste, su particular magisterio.

² Fernanda Ocampo y José María Felipe Mendoza. “Epitafio en homenaje a la Dra. Silvana Filippi” *Scripta Mediaevalia* 14.2 (2021), p. 158.

Hasta acá he trazado sintéticamente la trayectoria académica de Silvana. Pero veamos ahora cómo fue su relación vital con la filosofía. Con mucha justicia podríamos adscribirle a su vida el *dictum* ciceroniano: “*Omnis summa philosophie ad beate vivendum refertur*”, es decir, “la suma de todo el saber filosófico está encaminada a vivir una vida buena”. La frase pertenece al *De finibus bonorum et malorum* de Cicerón, y continúa así: “*idque unum expetentes homines se ad hoc studium contulerunt, beate*”, la cual puede traducirse como “el deseo de una vida buena es el único motivo que ha llevado a los hombres a dedicarse a este estudio”.

Para los antiguos, la auténtica felicidad es la que corresponde al sabio, esto es, al que posee en hábito –al decir de San Agustín– lo que el filósofo posee en el ardor del deseo³. Esta era una de las notas características de Silvana: su ferviente deseo de sabiduría. Ella conocía muy bien, siguiendo a otro de sus maestros, Étienne Gilson, que la filosofía no era un simple saber, sino *una vida dedicada a la búsqueda de un determinado tipo de saber*: la sabiduría. La filosofía es una tarea que dura toda la vida, recordaba el medievalista francés⁴.

Asimismo, ese deseo no se reducía únicamente al momento interno de contemplación de la verdad que experimentaba su alma, sino que dicha tensión hacia la *vita beata* se tornaba evidente, completa y rebosante en su faceta docente. En este sentido, Silvana era una auténtica “Doctora”, pues si bien es cierto que su magisterio era una obra que claramente pertenecía a la vida activa, no lo es menos que dicho magisterio se derivaba de una auténtica vida de contemplación, y por esa debida subordinación es que había tanta cohesión vital entre ambos órdenes. La Dra. Marcela Coria, discípula, amiga y colega suya, decía de Silvana: “Era una persona muy espiritual, de una profunda fe, y para ella la filosofía no era simplemente una disciplina que enseñaba, sino una forma de habitar el mundo, un mundo que se ha tornado más frío y desasosegante a causa de su ausencia”⁵.

Silvana no solo nos enseñó filosofía, sino que nos enseñó a filosofar, pues además de una auténtica filósofa poseía una finísima empatía espiritual con sus discípulos. El Dr. Juan Carlos Alby, también su colega y amigo, recuerda: “Poseía la inusual capacidad de suscitar sentimientos espontáneos de afecto

³ Cfr. San Agustín, *Contra Académicos* III, 3, 5.

⁴ Cfr. Étienne Gilson, *El amor a la sabiduría*, Rialp, Madrid, 2015, p. 32.

⁵ Marcela Coria, “Homenaje a Silvana Filippi”, *Cuadernos Filosóficos* 17 (2021), pp. 2-3.

y de admiración en quienes la trataban por primera vez. Cuando enseñaba, la firmeza de sus palabras transparentaba su profunda convicción de fondo y sonaban con la inconfundible melodía de la verdad”⁶. Así es, Silvana era una auténtica amiga de la verdad y por ello una acérrima defensora de la metafísica y, en su versión más alta, de la metafísica del *Éxodo*.

Para los que estuvimos bajo su cobijo intelectual, ella era una madre que con juicio virtuoso aconsejaba, iluminaba, corregía, reprendía, alentaba y promovía. Para los que se adentran en el *amor sapientiae* nunca es tarea sencilla encontrar un guía con semejantes cualidades. Por ello, los que gozamos de su cariño, auxilio y compañía deberemos estar siempre agradecidos con Dios y en deuda con ella, no solo por haberla conocido y tratado, sino por haber encontrado en su persona a una auténtica maestra de la filosofía lo cual, en su natural prolongación existencial, quiere decir una maestra de vida.

Como tantos amigos que la tratamos y quisimos, tengo la absoluta certeza moral de que nuestra admirada Silvana ya está gozando de esa vida bienaventurada, de esa sabiduría que, como buena cristiana, sabía que aquí se conocía solo parcialmente pero que en la visión beatífica se conocería de modo pleno. Así, de ella podremos decir con San Pablo “*al presente no vemos a Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras, pero entonces le veremos cara a cara. Ahora conozco solo en parte, pero un día lo conoceré todo del mismo modo que Dios me conoce a mí*”⁷.

Ceferino Muñoz Medina

CONICET, Universidad Gabriela Mistral (Chile), UNCuyo.

⁶ Juan Carlos Alby, “Adiós a mi maestra”, *Cuadernos Filosóficos* 17 (2021), p. 1.

⁷ “*Videmus nunc per speculum in ænigmate: tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte: tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum*”: San Pablo, *Carta a los corintios*, 13:12.